

3. CIENCIA POLITICA

EL FASCISMO (1)

Por ANTONIO BURGOS

(Para la gente nueva de mi país)

El narrar cómo surgió el Fascismo en Italia no es fácil tarea, porque sus orígenes ideales no son tan recientes. Precisa constatar, además, que ciertos fenómenos históricos y políticos como éste, necesitan un ambiente propicio para poder desarrollarse y afirmarse.

Por algo menos de un siglo sostuvo Italia una lucha formidable contra el imperio austro-húngaro. Semejante lucha titánica se inició clamorosamente en 1821, de manera que la guerra italiana de 1915 sólo puede explicarse si se tiene en cuenta el largo rastro sangriento marcado con las fechas del 48, el 49, el 59, el 60 y el 70, para culminar en el 1915, año en que estalló la cuarta guerra de independencia. Así pues, Italia fue siempre para Austria la espina tenaz que punzaba en su corazón, la enemiga hereditaria de la dúplice monarquía danubiana.

Esta lucha épica y espantosa debía cerrarse con el armisticio de hierro impuesto por Italia a Austria después de la batalla final de Vittorio Veneto.

Pocas naciones como Italia ostentan una literatura patriótica tan voluminosa y poderosa; pocas naciones sufrieron tanto como ésta con tal de despedazar las cadenas de la tiranía extranjera; muy pocas las que como ella pueden alardear una historia tan derecha como punta de puñal levantada siempre contra el opresor.

Con el correr del tiempo y precisamente durante el Renacimiento italiano, se reveló una noble corriente de ideas en el movimiento patriótico: todos los patriotas estaban de acuerdo en la cruzada contra Austria, por mucho que los métodos y los medios a seguir no fuesen iguales.

La monarquía de Saboya, monarquía guerrera por excelencia, hizo suyas las riendas del movimiento, tratando de encauzar las fuerzas un tanto impulsivas, desordenadas, impacientes que, aún mirando hacia un mismo objetivo, querían precipitar los acontecimientos.

Es sabido de todos que Garibaldi, desde 1848, comenzó oficialmente su apostolado y su carrera, ofreciendo su espada a Carlos Alberto, rey de Piamonte y de Cerdeña; que en 1859 el mismo jefe encabezaba la Legión de los Cazadores Alpinos; que en 1860 organizaba la fatídica Expedición de los Mil, libertando a Sicilia y

(1) De fascio: cualquiera cosa estrechamente ligada.

a Nápoles, y que en 1867, al grito de "Roma o muerte," se precipitaba irreflexiblemente hasta Mentana.

Pero el Gobierno de Vittorio Emanuele II, por razones políticas y diplomáticas, refrenaba la generosa impaciencia de Garibaldi, quien dirigía en aquel entonces el célebre movimiento político, llamado Partido de Acción.

Cumplida la unidad nacional, después de tanta sangre derramada, el Partido de Acción no murió, sino que, asumiendo nuevas formas y nuevos hombres, vino a representar más ampliamente la facción nacionalista y patriótica que pretendía para Italia confines más seguros, en nombre de los mártires italianos, en nombre de todos los combatientes muertos en la guerra de independencia.

Esta facción patriótica, a pesar de ser más alta expresión del sentimiento nacional, encontraba, sin embargo, obstáculos en su desenvolvimiento, sea en el partido rígidamente conservador y monárquico, sea en otros partidos que tenían complicaciones diplomáticas. Agréguese a todo ello la aparición del comunismo en Europa y en todo el mundo.

El comunismo fundamentalmente antimilitarista, era la antítesis de la idea nacionalista, y es de recordar que en este último cuarto de siglo, el comunismo dió pasos muy avanzados en Italia.

Ora por aquiescencia de las autoridades, las cuales cedían fácilmente a la libre propaganda de las teorías subversivas, ora por el carácter impulsivo de los italianos, ora por la férrea disciplina de las masas, lo cierto es que la presión comunista adquirió una preponderancia alarmante. De tal manera que cuando estalló la guerra mundial, el señor Giolitti, jefe entonces del Gobierno italiano, se mostró decididamente adverso a ella, proclamando la neutralidad.

Fue ésta una de las más graves crisis ideales del pueblo italiano: de una parte los favorables a la intervención, ejercían fuertes presiones sobre el Gobierno; de la otra los comunistas y los neutralistas se esforzaban por impedir la participación de Italia en el conflicto.

Entre los más fogosos advesarios de la guerra figuraba Benito Mussolini, maestro de escuela elemental, aunque hijo de Romaña heroica. Cuando estalló la guerra mundial, Mussolini dirigía el "Avanti", periódico oficial del partido socialista. No es posible olvidarlo por las calles de Turín a la cabeza de las turbas revolucionarias vociferando contra la guerra.

Pero cuál no sería la sorpresa de la gente italiana al notar luego en los escritos del leader socialista algo así como una de esas crisis de conciencia que determinan toda la vida de un individuo! Ante el contraste del socialismo alemán, que lejos de rebelarse contra la guerra exterminadora de tantas vidas inocentes, excitaba en

cambio sus compatriotas a la matanza y ofrecía sus millones al sacrificio horrendo, el alma de Mussolini, atribulada por la duda, aceleró su crisis espiritual, hasta el extremo de que, sin hacer misterio de las perturbaciones de su espíritu, acabó por declararse abiertamente partidario de la guerra contra Austria, tratando a la vez de conducir su propio partido por el mismo camino. Es demás decir que semejante actitud le mereció la expulsión del socialismo con el estigma de traidor.

Desde ese instante se constituyó Mussolini en cabecilla de los interventisti. Su fe ardiente, fundiéndose en la formidable tradición garibaldina, hacía resurgir el Partido de Acción. Y una era nueva se anunciaba para la Nación italiana.

Sus iniciativas por la reivindicación nacional brotaron, con visión profética, magnífica, del diario batallador *Giornale d'Italia*, sin que lo intimidaran las fulmíneas excomuniones del gran Lama del socialismo.

Marca repentinamente Mussolini una fecha histórica con la fundación del *Popolo d'Italia* y con la creación del *Fascio di Combattimento*: alrededor de esta terrible asociación patriótica, se recogieron todos los grupos que no habían olvidado la epopeya garibaldina. Desde las columnas de la nueva hoja cotidiana vibraban la fe y la elocuencia ardientes del esforzado convertido. Fue una campaña revolucionaria que fortalecía a los pobres de espíritu, que agujoneaba a los viles vigorizadora siempre de la adormecida conciencia nacional. El dominador de multitudes, el tribuno, el conquistador, difundía por doquiera su inspiración poderosa. Fustigaba el flácido pacifismo, latigueaba a sangre los demagogos parásitos y cobardes. El antiguo socialista, el amigo del mártir César Battisti, el expulsado de Suiza, sintió un estremecimiento profundo cuando oyó balar a los socialistas del Kaiser: "Primero alemanes y después socialistas." Y fue entonces cuando exclamó airado: "Es una ironía atroz la de gritar 'Abajo la guerra!,' mientras se combate y se muere en las trincheras."

Finalmente, por sobre los obstáculos de los neutralistas, la guerra fue declarada al Austria, y entonces se desnudó la espada romana y brilló sobre los picos salvajes del Trentino y del Carso.

El hijo del herrero romañol, Benito Mussolini, deja el primero la pluma tempestuosa para aferrar el mosquete en el frente de batalla; la sangre buena no podía manchar la radiosa tradición latina. El odio hereditario contra los Hapsburgo estalla con todo su horrible furor, los violentos escritos del *Popolo d'Italia* se concretaron en el centelleo de la fusilería. Y combatió entre los bersaglieri, el tremendo regimiento de vanguardia y de muerte. Y combatió con desesperada energía hasta que la explosión de una bomba lo redujo entre la vida y la muerte, consagrando así con su propia sangre la batalla contra el Austria.

El 1917 vuelve a la lucha periodística y escribe artículos de fuego contra el Ministerio Boselli, que según la opinión general, contribuyó grandemente al desastre de octubre. La desgracia de Caporetto no afligió el alma del sargento bersagliere. Bien sabía Mussolini que la derrota se debía en gran parte a los enemigos internos; la propaganda comunista había continuado en su obra disgregadora y disolvente.

El 24 de febrero de 1918 pronuncia un discurso famoso en el Augusteo de Roma; discurso repleto de sustancia y de ideas nobilísimas, todo inspirado en la grandeza de la patria.

Dijo así:

“Los que quisimos la guerra y los que nos jactamos de haberla querido; los que no vamos mendigando colegios electorales, no seguiremos la vileza demagógica que busca los halagos de la plebe. Demagogia no significa descender a lo bajo, sino levantar muy en alto aquéllos que están por debajo. Luego entonces, por toda la sangre derramada y que nosotros hemos olvidado, sangre joven, sagrada, pura como aquélla con que los antiguos cristianos realizaban en las catacumbas la comunión de corazones, cuando bebían en una sola copa la sangre común; por toda esa sangre derramada, por toda la que deberá derramarse todavía, renovemos el pacto solemne de nuestra fe, de nuestra seguridad en la victoria. No ! Italia no muere, porque Italia es inmortal.”

Pero su pasión más atroz se desencadenó después de la guerra. Sin dejarse arredrar de las insidias y amenazas de los antiguos compañeros de fe socialista, prosiguió indómito en su propaganda ardiente: “Valorizar la victoria.”

El esfuerzo de Italia durante la guerra fue demasiado ingente; en ese período el nervio italiano sufrió una tensión que llegaba al paroxismo. Cuántas veces no se creyó que este pueblo acabaría por plegarse bajo su propio esfuerzo!

Firmada la paz, se formaron en Italia gobiernos dirigidos por hombres que cedían fácilmente a las desmesuradas exigencias comunistas. Vinieron revueltas y desórdenes: las fábricas fueron ocupadas por los obreros, se concedió amnistía a los desertores, la Cámara de Diputados estaba a merced de los comunistas, hasta el punto de que el desertor Misiano tomara asiento en ella.

Una reacción se imponía. Mussolini velaba. Nunca como entonces fue aplicada con tanta habilidad y audacia aquella frase impercedera de Mazzini: “Pensamiento y acción.”

Una vez abatida el águila bicéfala de los Hapsburgo, se le debía aplastar la cabeza a la hidra revolucionaria, que pretendía desvalorizar la grandeza de la victoria y la santidad del sacrificio. Medio millón de italianos habían muerto en los abismos del Carso y

sobre los Alpes horrendos. Y los comunistas vilipendían esos muertos.!

Pero Mussolini velaba y a la obra disolvente del comunismo, contrapuso el *Fascio di Combattimento*.

En principio, esta simpática confraternidad tuvo por objeto el de proteger los intereses de todos los ex-combatientes, de los heridos en la guerra, de los inválidos, etc. Estaba reservado a Mussolini el mérito y el orgullo de fundar una asociación nueva, original, única en el mundo. Mientras en otras naciones, otras sociedades se dedicaban exclusivamente al socorro de los ex-combatientes, en Italia ellas adquirieron una forma incomparable de disciplina y de cohesión. En una palabra, el *Fascio di Combattimento* tuvo toda una reglamentación rigidamente militar. Fue un verdadero ejército movlizado con toda una larga y completa jerarquía de jefes, de subjes, etc. La masa la formaban los gregarios.

Un número notable de periódicos fue conquistado a la idea fascista. Agréguese a todo esto la falange de los propagandistas, de los conferencistas, de los oradores enviados a todas partes para explicar el nuevo evangelio patriótico y renovador. No hubo ciudad italiana, grande o pequeña, en donde no se viesen surgir secciones nuevas de adherentes y simpatizadores. Todas estas secciones se hallaban estrechamente ligadas por una cadena inflexible de disciplina y de obediencia a los comandantes. Todo centro habitado tenía núcleos de escuadristas, es decir, los pertenecientes a las escuadras de combate.

Bajo los ministerios de Giolitti, de Nitti, de Bonomi, la propaganda subversiva había descompuesto gran parte del pueblo italiano. Téngase en cuenta, además, el vasto colapso espiritual y la neurosis dolorosa, para darse una idea aproximativa de la corrosión y la decadencia general producidas por la tenaz penetración comunista en la mayor parte del país.

La característica principal de la acción fascista, que constituye la mejor condición moral para la buena inteligencia entre los varios elementos que componen los fasci de combate, se resume en esta declaración:

" Los fasci de combate no quieren, en el actual período histórico, ser un nuevo partido. Ellos no se consideran ligados a alguna específica fórmula doctrinaria ni a dogma tradicional alguno. Por tanto, se rehusan a proyectar y a reducir en los angostos y artificiosos límites de un programa intangible, todas las mudables y multiformes corrientes del pensamiento y las indicaciones y experiencias que la obra del tiempo y la realidad de las cosas sugieran e impongan."

Sostenido por este principio, tan alejado de las tesis abstractas, de los dogmas inmutables, de las promesas paradisíacas, que deberían repugnar hoy a las generaciones contemporáneas, se-

dientas de realidad, ansiosas de construir y reconstruir, el Fascismo pudo solamente así salvar la libertad italiana.

A las violencias bestiales del comunismo, el nuevo partido opuso la violencia. Son innumerables las expediciones fascistas que, bajo forma de represalia, contrarrestaron los abusos cometidos por los grupos comunistas. Contaba para ello con la voluntad de más de medio millón de adictos.

Otra iniciativa magnífica de Mussolini fue la de atraerse una ingente cantidad de asociaciones obreras, las cuales con armas y bagajes abrazaron la nueva causa.

Durante el Ministerio de Facta las presiones aumentaron siempre más. Un soplo de patriotismo atravesaba la península italiana. La hora de la renovación se acercaba veloz. Gran parte del pueblo italiano, la parte más sana de la Nación, seguía al gallardo jefe.

La lucha no tuvo tregua. A las amenazas de los enemigos, Mussolini opuso siempre un frío desprecio.

Se realizó en Nápoles una gigantesca revista de las fuerzas fascistas. Todos los socios, luciendo vistosos uniformes militares, pasaron delante del jefe: camisas negras, camisas rojas, camisas azules, desfilaron en orden sorprendente. Esta no era ya una revelación de fuerza y energía para el pueblo italiano sino la realidad sabida.

Al desfile imponente de este ejército de ciudadanos, nada le faltaba: infantería, artillería, caballería, aviación, toldas de campaña, ambulancias de la Cruz Roja, toda en suma venía a formar un ejército de nuevo género, animado por un sentimiento gallardo de vida y acción, transfundido en él por la voluntad impacable del jefe. Las banderas de Italia se multiplicaron y palpitaron como cosas vivas.

Los eventos maduraron con vertiginosa velocidad. Fuerzas relevantes de fascistas se acumulaban por todas partes, haciendo especialmente presión sobre Roma. Parecía encontrarse uno en vísperas de la furiosa guerra civil, por cuanto Mussolini, con audacia y habilidad sorprendentes, había logrado construir un nuevo Estado dentro del viejo Estado. El andamiaje vetusto estaba por ceder: fue el Rey quien tuvo la magnífica intuición de salvar a Italia de una guerra fratricida, encargando a Mussolini de formar el nuevo Ministerio.

Escogió para compañeros a los más fieles amigos de lucha y de batalla; desmovilizó todos los escuadrones de combate, devolviendo al país la paz que tanto necesitaba.

En la vasta idea del Estado liberal, el jefe fascista ha sabido atraerse a sí todas las más bellas energías del país.

Por tanto, política interna inflexible y batalladora; política exterior basada sobre el honor y la dignidad nacionales. Su programa es : Orden; su norma directiva en la restauración del Es-

tado es : Jerarquía. No más el nivel estúpido que hace resurgir todos los instintos medioevales de la grey y de la tribu desordenadas, sino el triunfo de la jerarquía luminosa según los valores sociales de cada cual.

No más esos titulados valores morales e intelectuales que conducen las turbas a un hosco y brutal materialismo, sino la revuelta ideal, la revuelta soberbia del espíritu contra la materia; la rebelión del genio latino, libre e individualista, contra el concepto oligárquico en que se debaten algunos países europeos. La responsabilidad es tremenda. El dominador, recogiendo en sí mismo, seguramente sentirá, junto con la gloria de la victoria, todo el alto sentimiento de dignidad por la defensa de su patria.

Benito Mussolini está en la misma brecha de 1915. Si los italianos no abandonan y lo ayuda a aplicar esa serie de formas regeneradoras que él quiere introducir en Italia, el porvenir de esta tierra será radioso. Y todos los muertos, sombras pálidas y heroicas, no maldecirán su grande holocausto; no se arrepentirán de haber combatido por una causa de justicia y de libertad.

Roma, noviembre 14 de 1922.

En Estudios, Panamá, No. 3, noviembre y diciembre de 1922.

EXPLICACION NECESARIA

Por FELIPE JUAN ESCOBAR

Escribí este ensayo como quien escribe un artículo de periódico. En los primeros días de diciembre de 1942 leí el anuncio del Concurso "Ricardo Miró" en un diario local y me llamó la atención la oferta del primer premio que decía así:

"PRIMER PREMIO: Una medalla de oro y quinientos balboas en efectivo. Se le concederá al mejor ensayo crítico sobre un acontecimiento o un personaje notable de la historia panameña de los siglos XIX ó XX. La obra constará de no menos de doscientas carillas de once pulgadas por ocho y media escritas a máquina y a doble espacio".

Dadas las condiciones nacionales e internacionales que para 1942 planteaban el dilema de luchar por la democracia o someterse a la tiranía universal de los totalitarios, me pareció muy oportuno analizar, a través de la meteórica presidencia de Arnulfo Arias, el fondo eminentemente democrático de la conciencia cívica panameña.

Ese análisis caía, a mi juicio, dentro de la órbita señalada por las bases del concurso. Y escogiendo la personalidad de Arnulfo Arias, tenía la oportunidad de reunir dentro de la unidad de un ensayo, acontecimientos políticos y personajes históricos de diez años de vida en el Istmo, que valen la pena de estudiarse con criterio objetivo y elevado sentido de autocrítica nacional.

Lo publico ahora por una mera satisfacción personal. Además de esto, creo que es oportuno que nos demos cuenta ya de los perjuicios que está produciendo en nuestro desarrollo cívico, la ausencia de una demarcación precisa entre lo que es ideología política y filiación electoral, para subordinar ésta última no a los nexos personales con los hombres, sino a la disciplina estricta de los principios.

El ejemplo que han dado algunos de los figurones más destacados del escenario político nacional —especialmente en el meteórico período de la Presidencia de Arnulfo Arias y su lamentable secuela de inestabilidad jurídica, social y económica de país— debe aprovecharse para forjar un criterio directivo de la nacionalidad, que sirva para distinguir entre las bases ideológicas de una política consciente y los arbitrios voluntarios de quienes no aspiran a otra cosa que a usufructuar el poder, por las satisfacciones personales que el poder político hace posible en nuestras democracias incipientes.

Con un criterio de esa índole, desaparecerán las adhesiones personales y emergerá la devoción a los principios. . . Se desterrará el incondicionalismo trashumante que hoy maldice lo que ayer ensalzó y mañana estará dispuesto a volver a ensalzar lo que hoy maldice. Se tendrá una fuerza de opinión que clasifique a los hombres

por lo que sus actos demuestren y el mérito no dependerá de las conexiones personales de familia, de amistad o de intereses que se tengan con quienes ejercen el poder político, sino por la capacidad de servir que cada cual pueda poner y ponga a disposición de la comunidad.

Hoy día, bien lo sé, es otro el ensayo que debería escribirse alrededor de la personalidad de Arnulfo Arias. Los acontecimientos que se han sucedido desde 1943 a esta parte destacan otras modalidades de mayor interés inmediato que las tratadas en las páginas siguientes; y hasta pudiera decirse que el tema fundamental de este ensayo —el “panameñismo”— se ha borrado ya como un espectro fugaz del fenómeno político panameño.

Pero como el estudio del pasado es la base para la orientación correcta de la actividad del porvenir, ofrezco mis impresiones personales sobre esos diez años de vida nacional —1930 a 1940— en la esperanza de contribuir con algo a la formación de un criterio objetivista entre nosotros, ajeno a los personalismos, que nos prepare para seleccionar y adoptar las bases ideológicas de una política constructiva, capaz de darle rumbo definido a la vida panameña.

Hoy más que nunca estamos en necesidad de ello. Se acaba de aprobar una nueva Constitución y el mundo ha aprendido inapreciables verdades del pasado conflicto armado. Ponemos a tono con la época requiere ante todo una autocrítica sincera. He allí la justificación de que un ensayo como éste se arriesgue a salir hoy a la luz pública.

Marzo de 1946.

F. J. E.

PORTICO

En un país en formación como nosotros, en el que no hay tradiciones fuertemente arraigadas; en donde los caracteres distintivos de la nacionalidad en lo étnico, en lo cultural y en lo político, todavía requieren el buril persistente del tiempo para hacer brotar sus aristas conspicuas y peculiares; en donde la organización apenas si ha entrado en la etapa del arreglo familiar de intereses e instituciones; en donde la escasez de población influye en la concepción de los negocios públicos, dándoles un carácter de paternalismo emotivo y parcializado; en donde el fondo viril de nuestro núcleo social lucha desventajosamente contra la encontrada corriente de influencias que nuestra posición de encrucijada forzosa del mundo nos trae; en un país en formación como nosotros, repito, cualquier personalidad fuertemente definida hace profunda impresión en nuestro devenir social y puede, a veces, para bien o para mal, forjar por sí sola un molde a nuestra vida ciudadana.

Los contemporáneos que no tienen la capacidad moral e intelectual suficiente para mirar los hechos, hombres y cosas con criterio objetivo, desligados de las reacciones personales que esos hechos, hombres y cosas les provoquen a ellos como individuos, no

pueden percatarse de la perspectiva histórica que para la nacionalidad en formación tienen esos contemporáneos destacados.

En general, el criterio conque se juzgan los hechos, los hombres y las cosas con quienes hemos convivido, es un criterio emotivo mucho más que analítico. Dejamos que nuestras simpatías y nuestras antipatías condicionen y modifiquen nuestros juicios sobre ellos y perdemos la vista global del fenómeno, coloreando el escenario en donde se produce con los tintes emanados de nuestros resentimientos o nuestra gratitud; de nuestra aversión personal o nuestra adhesión a ultranza. Y la Historia que ha de ser escrita mañana, recibe de nosotros una hojarasca de contradicciones y exageraciones bajo la cual apenas si puede asomar la roca firme de los hechos.

Tal ha sido por muchos siglos el escollo más grande de la Historia. La colaboración de los contemporáneos adolece siempre de las tergiversaciones que el cariño, la enemistad, la envidia, el miedo o el interés hasta inconcientemente muchas veces, introducen en sus contribuciones, alterando en forma sustancial o circunstancial, la verdadera perspectiva de hombres, hechos y cosas.

No pretendo por consiguiente, estar exento de un defecto que es tan general y tan humano; pero sí sostengo que nosotros, especialmente los pueblos que podemos considerarnos como nacidos a la individualidad política en el siglo XIX, debemos hacer un esfuerzo por cimentar nuestro criterio objetivista y empezar a aprender a mirar las cosas tal como ellas son, apreciarlas en su justo ambiente, analizarlas en sus elementos básicos y juzgarlas sin pasión, sin temor y sin resentimiento, en sus proyecciones reales sobre el fenómeno integral de la vida panameña.

* * *

Entre nosotros, que no tenemos producción literaria o artística sobresaliente; ni oportunidades para el milagro científico; ni capacidad para el poderío económico trascendental; la ocasión más corriente y lógica que tiene cualquier personalidad panameña para inscribirse destacadamente en nuestra historia e influir de modo notorio e inmediato en la orientación de la vida nacional, es alcanzar la Presidencia de la República. Desde allí, gracias a nuestra estructuración social todavía en etapas de tribu, a pesar de nuestro régimen jurídico escrito que habla de República y de Democracia, el Presidente de la República imprime el rumbo que sus ideas, gustos y aversiones, consideran más a propósito para la comunidad o para los intereses que él representa o a quienes él tiene que complacer.

Y se produce entonces el fenómeno curioso de un pueblo, que se llama republicano y democrático integralmente absorbido y

dominado en cuanto al manejo de la cosa pública, por la voluntad prácticamente irrestricta del personaje que ejerce las funciones de Presidente de la República.

Es por eso por lo que en todo lo que va de siglo y en *toda* lo que va de vida republicana del pueblo panameño, sus presidentes son las personalidades más conspicuas en la historia contemporánea de su nacionalidad en formación. Sus tendencias, sus peculiaridades, sus virtudes, sus vicios y hasta su humorismo y su debilidad, han contribuido de manera considerable a la fijación de nuestra fisonomía político-social y han trazado cauces al manantial no muy cristalino de nuestra evolución social.

De entre estos presidentes, el Doctor Arnulfo Arias ha sido sin duda el de mayor trascendencia histórica, si consideramos al individuo en función del país que representa, a la nacionalidad panameña en función de sus conexiones internacionales y al fenómeno de la orientación panameñista de nuestra vida republicana, en función del problema universal planteado por el credo totalitario frente a las convicciones democráticas de la civilización occidental.....

No es Arnulfo Arias como sujeto personal lo que nos interesa. Es Arnulfo Arias o el credo panameñista, que desde el pináculo de nuestras posiciones gubernamentales, sacudió la psicología panameña, reestructuró el concepto de la República, barajó hombres y cosas en un intento de alinearlos de nuevo hacia una vida distinta, influyó en nuestra moral cívica de modo decisivo, flaqueó al embate de los halagos y seducciones y finalmente se derrumbó con el mismo estrépito conque había surgido diez años antes, dejando por primera vez en la conciencia nacional la concepción clara de que nuestra idiosincracia es irreductiblemente democrática.

Así podríamos describir el sujeto de este ensayo. Lo que la República de Panamá vivió en emociones durante los doce meses y ocho días de la Presidencia del Doctor Arnulfo Arias, ha dejado huella profunda en su psicología y constituirá un punto de partida para transformaciones en gestación que no podemos predecir nosotros sus contemporáneos. Pero al menos, quienes en nuestros juicios acallamos el corazón para dar paso al raciocinio, presentimos la trascendencia de Arnulfo Arias y su credo "el panameñismo" en la vida futura del país y nos aprestamos a analizarlo para buscar en sus aciertos y en sus errores las bases de una fuerza estimulante de nuestro conglomerado social, sumido en la apatía más desconsoladora y amenazado con la desintegración cívica más horrorizante.

Arnulfo Arias o el credo panameñista:
ensayo psico-patológico de la política
panameña, 1930-1940, Panamá, 1946.

CIENCIA POLITICA

Por CESAR QUINTERO CORREA

La Universidad de Panamá es una de las muy pocas de Latinoamérica en cuyos planes de estudios ha figurado siempre la asignatura denominada Ciencia Política.

Desde su fundación, en 1935, se enseñó dicha materia, tanto en la Facultad de Derecho, como en la que entonces se llamó de Ciencias Sociales y Económicas, y ahora se designa con el nombre de Administración Pública y Comercio.

La introducción de tal asignatura en nuestra enseñanza superior fue obra del Dr. JOSE D. MOSCOTE, primer Decano General de esta Universidad y primer catedrático de Derecho Público en la misma.

En 1944, al venir nosotros al país después de haber concluido estudios en el extranjero, obtuvimos en concurso la cátedra de Ciencia Política.

Ante la total ausencia de obras didácticas en español sobre la materia, creímos necesario escribir una que, ante todo, pudiera servir de texto a los estudiantes que la cursaran.

En efecto, en 1946 redactamos dicho texto, ajustado al programa vigente de la asignatura, que fue usado por los estudiantes en hojas mimeografiadas.

En 1952 lo editamos por primera vez, bajo el título de PRINCIPIOS DE CIENCIA POLITICA.

La edición pronto se agotó. Algunos editores y libreros nos propusieron hacer otra. Optamos, sin embargo, por no hacerla. Pues, precisamente en esos años salíamos del país para dedicarnos a otras actividades. Y ello, entre otras cosas, nos impedía hacer una revisión general de la obra.

Sin embargo, en 1962, estando aún fuera del país, accedimos a que la Universidad de Panamá hiciera una edición económica del texto, con el fin primordial de suplir la demanda de los estudiantes universitarios.

Tal edición que vino a ser, pues, la segunda de este libro, se agotó también rápidamente.

De ahí que al reasumir el año pasado la referida cátedra, nos encontramos nuevamente con que los estudiantes no disponían de un texto y con la insistente solicitud de que hiciéramos otra edición del nuestro.

Esta circunstancia nos ha inducido a hacer esta tercera edición. No se trata de una edición reformada ni aumentada. El texto sigue siendo, en lo fundamental, el mismo que redactamos hace varios años. Nos hemos limitado a hacer ciertas correcciones formales, así como a poner al día algunos datos y a registrar los principales cambios ocurridos en las instituciones políticas de algunos países.

Debido a tales cambios institucionales y a dichas correcciones formales, hemos optado por rehacer algunos capítulos y modificar la denominación de otros. Pero el contenido, distribución y enfoque de la materia tratada siguen siendo los mismos. Incluso, decidimos mantener la misma bibliografía que aparece en la primera edición. Es decir, no hemos querido citar ni comentar en esta reedición a los autores que, de algún tiempo acá, han teorizado sobre la materia hasta el punto de atribuirle —algunos de ellos— un contenido y un carácter diferentes a los que ha tenido la disciplina tradicionalmente llamada Ciencia Política.

Se querrá saber, acaso, el motivo de esta deliberada omisión. Lo trataremos de explicar.

Hasta un poco después de la conclusión de la segunda guerra mundial, se puede decir que sólo en los centros académicos anglosajones se usaba la expresión de Ciencia Política (POLITICAL SCIENCE) para designar no sólo una cátedra universitaria, sino además una ciencia social autónoma de la cual se derivaban otras más concretas y especiales, como, por ejemplo, las llamadas: GOVERNMENT (Gobierno); THEORY OF GOVERNMENT (Teoría de Gobierno); COMPARATIVE GOVERNMENT (Gobierno comparado); PUBLIC ADMINISTRATION (Administración Pública); INTERNATIONAL RELATIONS (Relaciones internacionales); etc.

En las universidades de Europa continental no figuraba asignatura alguna bajo el nombre de Ciencia Política. Ni se consideraba en los círculos académicos de esos países que pudiera haber una ciencia política, definida y exclusiva. Desde luego, en Francia, Italia, España y en muchos países hispanoamericanos se usaba y se usa la expresión Ciencias Políticas, en plural. Incluso las Facultades de Derecho en muchos países europeos y en la mayoría de los latinoamericanos se llamaron —y en algunos, como el nuestro, aún se llaman— Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Pero la pluralidad misma de la expresión indica que no concibe una ciencia política particular. La amplia expresión trata, así, de abarcar todas aquellas ciencias sociales, no propiamente jurídicas, que en una u otra forma se ocupan de algún aspecto esencial del Estado. En-

tre tales ciencias suelen incluirse la Hacienda Pública, la Estadística, la Economía Política, la Criminología y otras más.

Lo anotado no significa que en las universidades de los países de Europa continental y en las latinoamericanas no se dictaran ciertas cátedras que, más o menos, trataban de algunos de los aspectos contenidos en la disciplina denominada Ciencia Política.

Así, en las universidades de Francia, de España y de la Argentina se dictaba y se dicta la asignatura llamada Derecho Político, como materia introductoria al Derecho Constitucional y al Administrativo.

En cambio, en Alemania predominó el ALLGEMEINES—TAATSLEHRE (Teoría general del Estado), de contenido más filosófico y menos jurídico que el Derecho Político. Pero ni aquél ni éste han pretendido ser, ni pueden considerarse como, una ciencia de la Política.

Toda la situación descrita comenzó, sin embargo, a cambiar rápidamente a partir de 1946, tanto en los países anglosajones como en los europeos-continentales.

En los Estados Unidos algunos autores, especialmente Harold LASSWELL, han sostenido que el objeto de ésta no es propiamente el estudio del Estado, sino del PODER (1). Por tanto, éste y otros autores norteamericanos consideran que en los manuales de dicha ciencia deben incluirse cuestiones —principalmente de orden psicológico y sociológico— que antes no figuraban; y que han de sacarse de ellos ciertos temas que deben corresponder a la filosofía jurídica o a la teoría constitucional.

Por su parte la nueva escuela inglesa, no obstante discrepa de la norteamericana, se aparta, asimismo, de su propio y tradicional concepto de ciencia política, dando a éste un contenido más psicológico y filosófico (2).

En Europa continental la nueva situación es más compleja. Tanto en Francia como en Alemania se ha establecido la enseñanza de la “ciencia de la política”

En Francia se introdujo oficialmente en los programas de todas las Facultades de Derecho del país por medio de Decreto de 27 de marzo de 1954. (3)

- (1) Cf. Lasswell, Harold D. and Kaplan, Power and Society, New Haven, Yale University Press, 1950.
- (2) Cf. Butler, David E., The Study of Political Behaviour, Edit. Hutchinson & Co., London, 1962 (Hay traducción española, Editorial Tecnos S.A., Madrid, 1964).
- (3) Cf. Burdeau, Georges, Méthode de la science politique, Dalloz, París, 1959 (Hay versión española, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1964).

Ese mismo año en Alemania Eugen FISCHER BALING proponía la adopción oficial del vocablo POLITOLOGIA para designar la "ciencia de la política" (WISSENSCHAFT VON DER POLITIK) que, por vez primera, se enseñaba en las universidades de ese país. El propuesto neologismo fue recibido con entusiasmo en los círculos académicos germanos; y en la actualidad se discierne oficialmente en las universidades alemanas el título de POLITOLOGE (Politólogo) al especialista en Ciencia Política. (4)

La innovación terminológica ha tenido favorable repercusión en Francia, donde el profesor Marcel PRELOT, entre otros, sugiere que se adopte el término POLITOLOGIE (Politología) para denominar "el conocimiento sistemático y ordenado del Estado". (5)

Con todo, la supuesta novísima denominación — a la cual ya aludíamos nosotros en la primera edición de este texto— no se ha consolidado aun en Francia ni en Alemania, y menos en otros países.

Lo mismo podemos decir con respecto al contenido de la materia. Los programas actuales de las diferentes universidades no concuerdan, y mucho menos los autores, en cuanto a cual debe ser realmente el contenido de un curso introductorio de ciencia política.

Sin embargo, en un estudio que, por iniciativa de la UNESCO, hicieron en 1948 varias autoridades internacionales en la materia, lograron coincidir en incluir dentro de las fronteras de esta disciplina cuatro grandes zonas, a saber: (1) Teoría política e historia de las ideas políticas; (2) Instituciones políticas; (3) Partidos, grupos y opinión pública; y (4) Relaciones internacionales.

Distinguídos científicos políticos o —Para usar el nuevo término— POLITOLOGOS de diferentes países han estimado aceptable este acuerdo de la comisión de la UNESCO.

Si ello es así, nuestro manual se mantiene dentro del ámbito todavía aceptado y aceptable de la ciencia política.

De ahí que hayamos creído prudente no entrar en esta edición en comentarios y disquisiciones sobre las nuevas escuelas y tendencias propugnadas por algunos autores. Al hacerlo hubiésemos tenido que cambiar toda la estructura de la obra, con lo cual ésta

(4) Cf. Schmid, Carlo, Politik und Geist, Edit. Ernest Klett Verlag, Stuttgart, 1961. (Esta obra del eminente profesor y político alemán, cuyo título en español sería "Política y Espíritu", no ha sido traducida, que sepamos, a nuestro idioma).

(5) Cf. Prélot, Marcel, La science politique, Presses Universitaires de France, París, 1961 (Hay versión española, Edit. Eudeba, Buenos Aires, 1964).

perdería su carácter de texto didáctico y ceñido a un programa oficial universitario.

La información y el análisis en torno a esas nuevas —y aun no consolidadas— tendencias, habrá de ser materia de artículos, de conferencias, de ensayos y de monografías, que corresponderán no sólo a nosotros, sino también a los demás profesores de esta misma materia en la Universidad y a los jóvenes compatriotas que se han especializado recientemente en esta disciplina en universidades extranjeras.

Panamá, marzo de 1966.

INTRODUCCION

La Ciencia Política ha sido definida como la ciencia que estudia el Estado. Esta definición que citamos y aceptamos como punto de partida en nuestro estudio, ofrece, sin embargo, algunas dificultades. Y no nos referimos, por el momento a su carácter demasiado abreviado y simplificado, porque para orientarse en una ciencia, resulta más práctico este tipo de definiciones. Las dificultades a que aludimos resultan de la naturaleza un poco abstracta y bastante controvertida de la entidad que, según la definición apuntada, constituye el objeto de nuestra ciencia: el Estado.

Cuando decimos, en ligera y orientadora definición, que la Física trata de los cuerpos, la Química de la materia, la Botánica de los vegetales y la Zoología de los animales, tenemos ya una noción universal y concreta de las cosas que constituyen al objeto de estudio de dichas ciencias. Pero cuando afirmamos que la Ciencia Política trata del Estado, tropezamos con una idea algo confusa y no concebida, con criterio uniforme por tratadistas y expositores. Es más, hay autores que consideran completamente errónea la idea de que el Estado sea una cosa variable y con caracteres constantes a través del tiempo (1). Todo esto hace más difícil de aprehender y fijar el concepto de Estado, objeto de la materia que nos ocupa.

Pero si bien existen inconvenientes, no por ello debemos resignarnos a la imposibilidad de lograr una idea clara y práctica del concepto del Estado que, no obstante las disquisiciones teóricas, pueda ser generalmente aceptada y servir de base a nuestras inves-

(1) Heller, Hermann, *Teoría del Estado*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1947, Pág. 21.

tigaciones. Esta idea habremos de lograrla, antes que por medio de definiciones, a través del desarrollo de nuestro trabajo.

Si, como se ha dicho, definir es fijar linderos, para deslindar es preciso andar. Necesitamos, pues, "andar" sobre el campo de nuestra ciencia para definirla, para deslindarla con respecto a otras vecinas. Nuestras definiciones tendrán así el valor de hitos, de marcas o puntos de orientación en el trayecto del estudio. Serán como dice un autor, auxiliares de la memoria que sólo se comprenderán cabalmente desde el punto de vista de la relación total de la materia. (2) Algunas de estas definiciones serán elaboradas desde el comienzo con bastante prolijidad para darles carácter más o menos completo y definitivo. Otras, en cambio, sólo serán esbozadas para dejar su elaboración final al capítulo o sección pertinentes.

Una de las cosas más importantes, en el estudio de las ciencias sociales, es la precisión de sus términos. Es este un grave y delicado problema con que tropieza la Ciencia Política. El hecho de ser ésta una ciencia de la vida hace muy susceptible a las pasiones humanas. Y el uso tan frecuente de sus términos los vulgariza haciéndolos ambiguos cuando no inexactos. Así, a algunos de sus vocablos se les da doble significado: político, por ejemplo, sirve para designar a un hombre cortés y afable, como también para denominar a quien se agita en la vida pública con miras a llegar al poder.

Otros términos se usan descuidadamente en el lenguaje corriente: las palabras democracia y libertad, por ejemplo, han llegado a ser superficial y latamente usadas. Otros conceptos, lo que es peor, han venido a ser deliberadamente desfigurados para dáseles un sentido con fines partidistas o sectarios. El arraigado hábito mental de dar un sentido ya sea despectivo o bien laudatorio a ciertos términos usados en la Ciencia Política, resulta de lo más grave. Hay palabras, como dictadura, aristocracia, oligarquía, etcétera, que casi siempre, se repiten con un dejo condenatorio. Otras, en cambio, como pueblo, democracia, libertad, se expresan, por lo general, en tono de aprobación. Es preciso que en nuestra ciencia manejemos estos términos sin prejuicios favorables o adversos. Es necesario, por esto, que nos alleguemos a ellos con actitud objetiva y que con la misma los definamos, analicemos y estudiemos. Dejemos, así, las connotaciones peyorativas para quienes quieran usarlas en la política actuante con fines de impugnación o de elogio.

(2) Heller, Hermann, Op. Cit., Pág. 16

La adquisición de ideas y conceptos claros acerca de los términos usados y de las instituciones estudiadas por la Ciencia Política es una de las finalidades primordiales de nuestro estudio. Es indispensable, distinguir así conceptos como los de Estado, nación, gobierno, pueblo, soberanía y otros semejantes.

La Ciencia Política estudia al Estado en general: investiga sus rasgos y características generales. La Ciencia Constitucional, en cambio, investiga las constituciones políticas de determinados países y trata de analizar y explicar el origen, desarrollo y estructura de un sistema político particular. Por ello, para llegar a comprender profundamente un sistema político dado, la organización constitucional de un país, son necesarios conocimientos de Ciencia Política. De lo contrario, el estudio del Derecho Constitucional se convertirá en un aprendizaje de carácter puramente descriptivo, casuístico y empírico. Por ello se ha dicho que las cuestiones introductorias al estudio del Derecho Constitucional positivo constituyen el verdadero objeto práctico del estudio de la Ciencia Política. (3).

Fijada así la importancia práctica que tiene el estudio de la Ciencia Política, resulta casi ocioso hablar del interés real del conocimiento del Derecho Constitucional y de su derivado, el Derecho Administrativo. Si el hombre está inmerso en el Estado, si indispensablemente tiene que vivir en él, como el pez en el agua, y si el Derecho Constitucional regula y organiza el Estado, el estudio de ese Derecho y del Administrativo, que desarrolla y vitaliza al primero, reviste capital importancia.

Pero además del interés práctico y local que hemos señalado a la Ciencia Política, su estudio ofrece otra importancia que podríamos llamar trascendental. Posiblemente el estudio científico de la política nunca se ha hecho tan imperioso en el mundo como ahora. Vivimos una época en que el retraso o las imperfecciones de las ciencias sociales, ponen en peligro la civilización y la existencia de la humanidad. El hombre no ha podido aún encontrar fórmulas políticas que encaucen las fuerzas ciegas que dominan las relaciones sociales y estatales. En su afán por encontrarlas, está sometiendo a las instituciones políticas a radicales cambios nunca antes pensados. Las ideas políticas son, asimismo, objeto de severas y profundas reconsideraciones. Nuevos experimentos de gobierno se ensayan hoy, y más se ensayarán mañana. La primera y la segunda

(3) Kranenburg, R., *Teoría Política*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1941, Pág. 8.

guerra mundiales han provocado y acelerado profundos cambios en las viejas concepciones sobre la organización y actividades de los Estados y muchas y más radicales innovaciones se vislumbran.

La Ciencia Política, que no es una ciencia exacta, no permite predecir con exactitud cuáles serán esas profundas transformaciones políticas que se avecinan, pero sí podemos afirmar que las ideas y convicciones de los hombres determinarán en gran parte el carácter y orientación de esas revoluciones. Nos toca, pues, a quienes estudiamos esta disciplina, adquirir ideas claras y justas acerca de los problemas políticos actuales. Y estas ideas sólo pueden obtenerse a través de la investigación, del estudio y de la discusión de los hechos y de los principios políticos, y mediante un análisis basado en la información obtenida a través de la investigación, discusión y estudio mencionados.

En este estudio iremos de lo general a lo particular. No opinamos que el mejor método de estudiar la Ciencia Política es el de describir simple y llanamente las instituciones políticas del país en que se vive o el de analizar uno por uno los artículos de la Constitución respectiva. Este método invertiría los términos. Formaría estudiantes empíricos y rutinarios. El estudio del Derecho Público positivo —ya lo hemos dicho— no debe ser anterior sino posterior al de la Ciencia Política.

Los que defienden el método que criticamos alegan que éste es indicado porque comienza tratando de cosas con las que el estudiante está más o menos familiarizado. Consideran que el estudiante se llenaría de confusiones y perdería interés en la materia al comenzársele a hablar de conceptos y términos abstractos y de difícil comprensión, tales como esencia de la ley, voluntad general, voluntad del Estado, soberanía popular, esencia del Estado, etcétera. Naturalmente, se deben evitar uno y otro extremo. Por ello trataremos de ilustrar con ejemplos prácticos y actuales las teorías y principios que estudiamos.

Cabe advertir que en este texto nos ceñiremos al programa vigente de la materia en la Universidad de Panamá y que seguiremos, por ello, los planteamientos tradicionales de la Ciencia Política. Nos limitaremos, pues, a describir con palabras y apreciaciones nuestras, los objetivos e indagaciones de la Ciencia Política clásica. Tenemos, sin embargo, que objetar a este tipo de Ciencia Política su preocupación esencial por formalismos jurídicos ante que por las causas profundas de los fenómenos políticos. Creemos que la Ciencia Política del futuro habrá de ocuparse preferentemente en la búsqueda de estas causas y acercarse y vincularse cada vez más a

la Economía, la Sociología, la Psicología y la Ética. Opinamos, con Cole, que: "Las controversias políticas del siglo veinte no han de girar como en el siglo diez y nueve en torno a la ampliación del sufragio, del voto por papeleta, del referendun, iniciativa y revocación, de los poderes, méritos y deméritos de las diversas cámaras, o de la disyuntiva entre monarquía constitucional o república, etcétera, sino más bien en torno a problemas de mayor fundamento para la estructura de la sociedad. El problema principal no estará en cómo organizar la maquinaria del gobierno, sino en cómo organizar la entera vida económica y política de la comunidad. La política y la economía dejarán de ser consideradas como problemas distintos y aparecerán como un sólo y único problema." (4)

Pero mientras este nuevo y más vigoroso concepto de la Ciencia Política cristaliza, dediquémonos, haciendo las críticas del caso, al estudio clásico y todavía vigente de la materia. Porque para introducir innovaciones o revoluciones en cualquier campo del conocimiento humano es preciso antes conocer bien los fundamentos clásicos de ese conocimiento.

Ciencia Política (Prólogo a la tercera edición e Introducción al manual Ciencia Política, Ediciones de la Librería Cultural Panameña, Panamá, 1966).

(4) Cole, G. D. H., *Doctrinas y formas de organización política*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1938, Pág. 11.

EL GOLPE MILITAR DE 1968, UN GOLPE IMPOSIBLE

Por RENATO PEREIRA

Edwin Lieuwen, como vimos, sitúa a Panamá entre los países "apenas menos primitivos políticamente que aquellos con caudillismo (R. Dominicana y Nicaragua)" (13), y en todo caso, junto al Paraguay, El Salvador, Honduras y Haití, como "una república de soldados" (14).

La realidad sin embargo es otra. Si por su morfología geográfica el Istmo de Panamá se inserta a la América Central, histórica y políticamente se trata de un país sureño. Es esta condición del país del Sur lo que, dentro de la lógica de dominación de entonces y de la correlación de fuerzas en el continente, dificulta en gran medida la reproducción exacta en el Istmo de las intervenciones norteamericanas tipo Cuba, Puerto Rico, R. Dominicana, Haití y Nicaragua, aunque ello no impidió el sometimiento neocolonial. La dinámica económica de Panamá es también más propia de los grandes países del Sur que de los países del Centro y del Caribe. En efecto, si bien el país-interior permanece mucho más atrasado, pues en todos los países centroamericanos se ha desarrollado una agricultura de exportación relativamente diversificada e intensiva, lo que no ocurre en Panamá, el país-capital fue ocupado por una sociedad de consumo sin paralelo en el área. "El comportamiento para importar, decía la CEPAL en 1959, constituye así la clave fundamental para desentrañar el proceso económico del país" (15).

*CUADRO No. 16

BALANZA COMERCIAL DE CENTROAMERICA Y PANAMA en 1959

País	(en millones de dólares)		Saldo
	Exportación	Importación	
Costa Rica.	73	103	- 26
El Salvador.	113	100	13
Honduras.	70	71	- 1
Nicaragua.	65	67	- 2
Panamá.	33	115	- 82

(13) Edwin Lieuwen, op. cit. p. 197.

(14) Idem.

(15) Naciones Unidas Departamento de asuntos económicos y sociales, Análisis y proyecciones del desarrollo económico, VII, "El Desarrollo económico de Panamá," México, D.F. diciembre, 1959, p. 9.

(*) C.E.P.A.L., América en cifras, 1960.

La omnipresencia americana no sólo determinó la conformación de una sociedad de consumo totalmente artificial y dependiente en el área urbana adyacente al canal. También dio lugar a un cierto orden político aparente, cuyas reglas de juego fueron no pocas veces "restituidas" por vía de las intervenciones militares y diplomáticas.

La viabilidad del "recurso americano" para resolver los conflictos institucionales, plasmado taxativamente en la primera Constitución de 1904 y, sin duda alguna, una cierta civilización del caciquismo que se fue adaptando al modo de vida americano, terminaron descartando la dictadura del caudillo de la vida política nacional. Desde la independencia, cada cuatro años venían celebrándose elecciones populares y directas para los cargos de presidente, vicepresidente, diputados, concejales y alcaldes, con la sola excepción del período 1945-1948, cuando fue una asamblea constituyente la que escogió al presidente de la república. Las crisis político-institucionales, a veces violentas, que implicaron la remoción del presidente (1931, 1941, 1949, 1951 y 1955) se solucionaron siempre dentro de las previsiones constitucionales. El único presidente militar que tuvo Panamá desde 1903 hasta 1968 fue el Coronel Remón y ya hemos visto en qué forma y bajo qué condiciones él accede al poder.

Panamá no ha conocido ninguna guerra civil antidemocrática, como la de Costa Rica en 1948 (16), por ejemplo, ni sublevaciones militares reaccionarias como las de Castillo Armas en Guatemala. Sus "hombres fuertes", Remón, entre 1947 y 1955, y Vallarino, después de 1960, nunca lo fueron en términos absolutos.

Luego, uno puede explicarse el por qué las clases hegemónicas y la casi totalidad del resto social concebían la intervención de la Guardia Nacional como cosa imposible o, al menos, como absolutamente extraña a la tradición política republicana, incluso y a pesar de la profunda crisis política que sacudió al país durante el período marzo-septiembre de 1968. Y si bien la embestida militar de octubre chocó con una estructura de poder civil sumamente frágil, lo que quedó demostrado por el nivel de la resistencia inicial, nadie daba al recién nacido régimen militar, el primero en su género, sino un lapso muy corto de existencia. Por lo demás, como es lógico suponer, no pocos sectores sociales estaban convencidos de que los norteamericanos, como en los primeros años de república, de una u otra manera, terminarían interrumpiendo la experiencia militar y restituyendo el régimen de la democracia representativa. Arnulfo Arias mismo se había refugiado en la Zona del Canal junto con varios de sus partidarios, e incluso algunos de sus aliados de los otros partidos políticos, y desde allí había solicitado la interven-

(16) Ver Francesco Gamboa G., *Costa Rica: de la filibusta al pentágono*, Ed. sociales, París 1978, pp. 184-194.

ción militar de los Estados Unidos y hasta la del presidente francés, Charles de Gaulle.

COMPOSICION SOCIAL Y NIVEL DE LAS CONTRADICCIONES AL INTERIOR DE LA GUARDIA NACIONAL ANTES DE 1968.

1. Composición social.

En su edición del 10 de octubre de 1968 la revista *Semana* recordaba que "en la Guardia Nacional sólo quedaban dos oficiales de corte aristocrático, Lilo (Vallarino) y Fred Boyd" (17). En realidad, desde la transformación de la policía en Guardia Nacional, ésta no ha tenido en sus filas más de dos oficiales salidos de las clases privilegiadas. Con la disolución del ejército nacional panameño en 1904 se interrumpió también bruscamente la tradición militar entre las grandes familias, vieja de 400 años. La función policial fue mirada con desprecio no sólo por las clases poseedoras, sino también incluso por los sectores populares urbanos. Durante mucho tiempo, al policía se le identificó con "el cholo". Y, ciertamente, la mayoría de los oficiales de la Guardia Nacional hasta 1959, más o menos, eran hijos de campesinos medios y pobres que, por no tener oficio alguno, habían ingresado a la policía como simples agentes. Remón, por su parte, atrajo a numerosos elementos de origen antillano y popular urbano.

De esta manera, hasta la década del cincuenta lo que caracteriza al cuerpo de oficiales de la Guardia Nacional, inclusive al nivel de su oficialidad superior, es su origen social campesino y popular. El segundo comandante de la Guardia hasta 1960, el Teniente Coronel Saturnino Flórez, es un mulato oscuro nacido y criado en Antón; el tercero, hasta ese mismo año, el Mayor Timoteo Meléndez, hombre bien pigmentado, a pesar de su rango continuó habiendo dos pequeños "cuartos" de una de las casas de madera del barrio popular del "Granillo", a 500 metros del cuartel central. Casi toda la escolta presidencial de Remón estaba integrada por hijos de antillanos, deportistas incorporados a la policía por el propio Coronel Remón.

La reconversión de la policía en guardia modificó muy poco este cuadro social de la oficialidad, si bien actualmente se constata una cierta declinación campesina en favor de los hijos de empleados públicos, maestros, artesanos y pequeños comerciantes. Es dentro de estas capas que, a partir de la post-guerra, comienza a cultivarse la carrera militar que la minoría tradicional había desechado en 1904. Las becas militares ofrecidas por los países centro-americanos, Venezuela, Ecuador y Colombia, dentro de los marcos

(17) *Semana*, seminario, Panamá, 4-10 octubre, 1968.

de la guerra fría y de la estrategia americana de defensa continental, la revalorización de la función represiva interior por efecto del ascenso de la lucha social, pero probablemente también la falta de situación económica, lanza a algunos jóvenes de estas capas a la profesión castrense, terreno libre de la concurrencia con las clases acomodadas. Esta recuperación de la carrera militar por las capas medias bajas urbanas fue lenta al principio: en 1959, de 192 oficiales sólo había 35 de academia. Se acelera después en la década del sesenta y, a partir del golpe militar de 1968, va a afirmarse definitivamente. La Guardia Nacional cuenta hoy con unos 700 oficiales y la proporción entre oficiales de carrera y oficiales de filas, que en cierto modo es una reveladora de la procedencia social media-baja o muy popular y campesina de la masa de oficiales, es de 4 x 5.

2. Las contradicciones interiores

En la misma medida en que la institución se abrió a los jóvenes oficiales de carrera, se fue configurando en su interior un área relativamente propia de contradicciones. Estas se producen a dos niveles:

a) Al nivel social. La represión de las manifestaciones estudiantiles de mayo de 1958, la sofocación de los diversos focos y la represión de los movimientos populares de la ciudad y del campo, en fin, el rol puramente antipopular que les asignó el bloque de clases dominantes, llevaron a algunos oficiales a la reflexión. Es lo que años más tarde confesaba en términos dramáticos el General Torrijos: "Cuando era capitán, sofiqué un levantamiento guerrillero dirigido por jóvenes estudiantes y orientado por una causa justa. Fui herido. El más herido de mi grupo y, también el más convencido de que esos jóvenes guerrilleros caídos no representaban ni el cadáver ni el entierro de las causas de descontento que los había llevado a protestar mediante una insurrección armada" (18).

Por otra parte, en la Guardia Nacional no se había configurado ninguna casta social. Un capitán, en 1959, recibía un salario bruto de 225 dólares mensuales, salario inicial de un profesor de escuela secundaria con título universitario. Sin ninguna duda "el oligarca explotaba los sentimientos de vanidad y lucro de ciertos militares, incluyéndolos en sus círculos sociales, e incluyéndolos también en las participaciones de sus empresas" (19), pero ese circuito de promoción fue siempre muy mezquino, incluso a nivel de los viejos oficiales "empíricos" más obsecuentes, pues ninguno de estos llegó a enriquecerse verdaderamente y todos sus contactos sociales se es-

(18) General Omar Torrijos Herrera, Carta al Senador Edward Kennedy, julio 7 de 1972, en *La batalla de Panamá*, Eudeba, Buenos Aires, 1973, pp. 102.

(19) *Ibid*, p. 101.

fumaban con la jubilación. Definitivamente, en la Guardia Nacional, fuera del Comandante Jefe, los oficiales no tenían ninguna posibilidad de promoción encumbrante en la escala social. De esta suerte, el oficial no podía desamarrarse de su medio de origen. Precisamente, uno de los rasgos típicos de la oficialidad joven es su desde hace tiempo notoria integración con los sectores profesionales nuevos salidos de la Universidad de Panamá, que no son de ninguna manera los más prósperos.

La manifestación más relevante de la existencia de algunos elementos de inquietud social al interior de la Guardia fue llamado "sargentazo" de mediados de 1959, conspiración de unos cuantos suboficiales y tenientes develada en su etapa inicial de concertación.

b) Al nivel profesional. Desde principios de la década del cincuenta la Guardia Nacional empieza a cambiar su imagen de marca. Dentro del proceso social, caracterizado desde 1957 por la acumulación constante de una masa crítica, la Guardia Nacional se va perfilando como la única institución segura de sí misma. Las becas para estudios militares, normalmente inatendidas y hasta despreciadas, aunque en realidad nunca fueron muy numerosas, comenzaron a quedarse cortas.

Pero, desde su pase de alta, entre los jóvenes provenientes de las academias y la institución se trabó una especie de contradicción profesional. En efecto, paradójicamente, la institución los recibía con una etapa inicial de desprofesionalización. Formados todos ellos en alguna de las especialidades del arte moderno de la guerra (desde la rama de ingeniería, como es por ejemplo el caso del hoy Teniente Coronel Noriega, graduado en la Academia Militar del Chorrillo, en Lima, pasando por la de artillería, que es el caso del segundo jefe del golpe de octubre, el antiguo Coronel Boris Martínez, graduado en el Heroico Colegio Militar de México, la rama de infantería, a la que pertenecen casi todos los miembros del Estado Mayor actual, hasta la rama de la aviación, pues la institución contaba en 1968 con una media docena de pilotos militares recibidos en México, Argentina y Brasil que habían sido reconvertidos en infantes o en simples policías, entre ellos los jefes de la recién fundada sección aérea de la Guardia Nacional, los hermanos Purcell), el ejercicio real de su profesión se reducía durante un largo período al patrullaje de las calles o, como hoy recuerdan ellos mismos no sin amargura, "acosar maleantes y prostitutas" (20).

Paralelamente, aunque sin poder franquear esa iniciación traumática, un factor de orden exterior pugnaba contra la desprofesionalización de la oficialidad de carrera: la United States Army School of the Americas. La conversión de la Army Caribbean

(20) La expresión es del Teniente Coronel Manuel Antonio Noriega.